

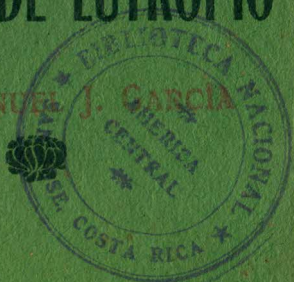
COLECCIÓN ARIEL

17.

CRISÓSTOMO

DEFENSA DE EUTROPIO

EMMANUEL J. GARCIA



15 ctms.

Establecimiento Tipográfico "Alsina"
SAN JOSE DE COSTA RICA

1912

Colección ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

BIOGRAFÍA, CUENTOS Y VERSOS, VIAJES,
ORATORIA, CIENCIA RECREATIVA, LITE-
RATURA INFANTIL, HIGIENE, EDUCA-
CIÓN, TEATRO, GEOGRAFÍA, HISTORIA,
NOVELAS, INSTRUCCIÓN CÍVICA, ETC.

Se publica mensualmente en San José de Costa Rica, A. C.

PUBLICADOS

	<u>Céntimos</u>
Fragmentos de un Diario íntimo , de Federico Amiel.....	0.20
Prosa (<i>Cuentos y Crónicas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera	0.20
Tolstoi íntimo (<i>Recuerdos, relatos, conversaciones</i>), de Sergio Persky	0.40
Poemas escogidos , de Isaías Gamboa.....	0.40
El Hombre y la Tierra (<i>Estractos: 1ª serie</i>) de Eliseo Reclus	0.20
El canto de las Horas (<i>Estudio sobre la Belleza</i>), de R. Brenes Mesén.....	0.25
Rincón de los Niños (<i>Lecturas infantiles</i>), de varios Autores.....	0.25
El Secreto de oro (<i>Estudios literarios é históricos</i>), de A. Zambrana	0.50
Cuentos de Verano , de R. Baumbach..	0.20
Amor y Lágrimas (<i>Poetas escogidas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera.....	0.50
Los Jardines de las Reinas (<i>Estudio feminista</i>), de Juan Ruskin.....	0.25
La Propia (<i>Tipos y Escenas costarricenses</i>), de Manuel González Zeledón (Magón)	0.50
Misceláneas , de Manuel Ugarte.....	0.50
Defensa de Eutropio , de S. Juan Crisóstomo.....	0.15

Los pedidos se hacen al Editor

Apartado 533

SAN JOSE, COSTA RICA

Cuaderno N.º 17

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

17.

CRISÓSTOMO

DEFENSA DE EUTROPIO

Trad. del Padre jesuita José Mundó

CONTENIDO

	<u>PÁGS.</u>
S. J. Crisóstomo, de <i>Ernesto Hello</i>	3
Argumento	29
Homilía en defensa de Eutropio.....	31

OBRAS DE CRISÓSTOMO

Tratados:

Contra los adversarios de la vida monástica
Sobre el sacerdocio
Sobre el celibato, etc., etc.

Cartas.

Discursos:

Las Homilias¹

¹ Existe una traducción castellana reciente de estas *Homilias*.

San Juan Crisóstomo

San Juan Crisóstomo es uno de esos hombres que parecen tener derecho especial al nombre de católicos: es un hombre universal.

Entre los santos hay algunos cuya vida interior constituye un drama tan terrible, tan sublime, que, comparada con él, la vida exterior es solamente un detalle de su biografía, detalle quizás muy importante, pero que al lector le es permitido olvidar en algunos momentos.

Hay santos que han vivido principalmente en sí mismos; y naturalmente, los que los estudian sin comprenderles suelen acusarles absurdamente de inutilidad y de egoísmo.

Hay otros santos cuya caridad más ostensible impresiona forzosamente á quien la contempla: son hombres que se han sacrificado por otros hombres con una liberalidad tan evidente, que hasta aquel que los mira de lejos y no penetra en el santuario de su alma, admira, aun á pesar suyo, su vida exterior, sin conocer el principio de que dimana ni el hogar en que aquel fuego se alimenta.

San Simeón Estilita es de los primeros; San Juan Crisóstomo de los segundos; San Agustín, de unos y otros.

San Juan Crisóstomo se prodigó siempre, en todas las circunstancias, á propósito de todo y para todo el mundo. De él puede decirse que fué un perpetuo don de sí mismo: por el sacerdocio, por la limosna, por el sacrificio, por la palabra. Es inmenso lo que habló; escribió muy poco, y aun su escribir, más que escribir, fué hablar.

Entre el escritor y el orador hay una gran diferencia: el orador se dirige á algunos, el escritor á todos; el orador habla en circunstancias determinadas, y sólo para aquellas circunstancias, á un auditorio especial cuyas disposiciones y necesidades especiales conoce, mientras que el escritor se dirige á sí propio y á la humanidad, quiere que su obra sea permanente, y procura sustraerla en lo posible, á la influencia deletérea¹ de las cosas accidentales. El orador se propone obtener de ciertas personas á quienes ve y conoce, una cierta conformidad y aprobación; obra sobre ellas y quiere apoderarse de su ánimo. El escritor piensa menos en las personas y más en las cosas; trata menos directamente con los hombres, y se preocupa más exclusivamente del asunto de la verdad que expone.

San Juan Crisóstomo, al escribir en vez de hablar, no se convierte en escritor, y

¹ Mortífera.

continúa siendo orador. La intención de obrar directamente sobre alguien es siempre actual y evidente en sus escritos. No se habla á sí mismo, no se encierra en lugar secreto y profundo para recogerse en el misterio íntimo del alma, no: tiene siempre delante á una multitud, á adversarios, á pecadores. No se abisma, como San Agustín, en sus recuerdos, para llorar los días que pasaron y preparar los días que han de venir; no se hunde en su abismo interior con el terrible afán de los contemplativos. Pien- sa en el presente, mira alrededor suyo, y en vez de cerrar los ojos para acordarse, los abre para examinar.

Obispo quiere decir celador, y San Juan Crisóstomo fué verdaderamente Obispo. Precipitábase á un lado y á otro para de- fender á sus ovejas, porque de todas partes venían los lobos.

Siendo más moralista que teólogo, tenía sin cesar ante los ojos la dificultad práctica con la cual había que luchar en cada mo- mento. En el sentido humano é intelectual de las palabras «elevarse» y «profundizar», se eleva poco y profundiza poco: mira, exa- mina, busca, sondea, exhorta, anima, con- suela y aconseja. Generalmente su mirada no profundiza mucho, pero se adapta singu- larmente á las circunstancias de lugar y tiempo, á las personas y á las cosas. Para intimar con él no es necesario haber vivido por mucho tiempo en la atmósfera abrasa- dora y sombría donde, entre los resplando-

res de la noche sagrada, arden los misterios insondables de la teología. Muchos santos han sido tal vez más sublimes: muy pocos han sido tan populares; porque él posee esa gracia ingenua y suave que es la bondad verdadera, la bondad fecunda y luminosa. El desciende, sin rebajarse, á todos los detalles de la vida humana.

Sin comprometer la dignidad de la cátedra evangélica, narra en ella ó aconseja las cosas más íntimas y familiares. No pronuncia palabras vagas, de esas que rozan el entendimiento del oyente sin herirle; sino que se dirige en realidad á cuantos le rodean, entrando en las necesidades de su vida cotidiana, llamándoles, advirtiéndoles, reprendiéndoles, aconsejándoles, como si conociera á cada uno por su nombre, como si hubiera penetrado en todas sus miserias, en todas sus debilidades, en todas sus tentaciones; como si fuese realmente el hermano ó el padre de cada uno de ellos. Y esto último no es una simple comparación, no: él es padre y hermano de cada uno, no en hipótesis, sino en realidad.

Nos figuramos á veces que el afán de brillar en los discursos morales y religiosos es, en cierto modo, cosa nueva, de nuestros tiempos. En otras edades, entre los griegos, por ejemplo, la elocuencia política era una verdadera necesidad actual: Demóstenes, cuando hablaba, probablemente no se proponía otra cosa que excitar al pueblo. La vanidad era entonces contrarrestada,

ahogada, dominada por la angustia real de una situación política que exigía no frases, sino actos, no éxitos, sino victorias. Cicerón, que es ya un moderno, inaugura quizás el período de la decadencia en el que el orador se contempla en vez de olvidarse de sí mismo, y piensa más en la elegancia de sus ademanes que en la salvación del pueblo. Cicerón, en su *Tratado del arte oratorio* erige en sistema la decadencia de este arte cuyas leyes formula en una especie de Código. Pero muere el mundo romano, el cristianismo se levanta, y entonces nace una elocuencia más severa que la antigua, más desprovista todavía de consideración á sí misma, que nada sabe de artificios ni busca otra cosa que la salvación de las almas. Desde entonces se trata de algo más que de salvar á un pueblo de otro pueblo enemigo, de un peligro accidental; se trata de salvar á los pueblos y á los individuos de un enemigo común, del enemigo del género humano: se trata de dar la salvación á la creación rejuvenecida, y dársela por el tiempo y la eternidad, en la tierra como en el cielo; de enseñar prácticamente el *Pater* y hacerlo rezar á los hombres en espíritu y en verdad.

Al orador cristiano, al hombre de los primeros siglos de la Iglesia, parece que no le cuesta esfuerzo alguno el olvidarse á sí mismo, como si jamás se le ocurriera el pensamiento de su propia persona; y parece, por tanto, que no necesita defenderse contra la

preocupación de la personalidad; y que ante las grandes catástrofes y las grandes esperanzas, ante el mundo que acaba de desmoronarse y el mundo que va á nacer, ante los romanos que se van, los bárbaros que llegan y los cristianos que surgen, ante las grandes ruinas amontonadas y la salvación que toda la tierra reclama, ante aquel drama humano y divino donde puede decirse que todas las cosas están presentes, el orador no tiene tiempo para pensar en sí, y la vanidad no encuentra cabida entre tantos escombros, tantas preparaciones, tantos crímenes, tantas virtudes y tantas lágrimas.

San Juan Crisóstomo es uno de los tipos más acabados de la sencillez práctica en frente de un trabajo gigantesco y minucioso que reclama todas las especies del valor á la vez. No es el tipo del genio, es el tipo de la actividad; no es el vuelo del águila, es la lucha paso á paso, ardiente, dulce, fuerte, serena y encarnizada. Es la caridad invencible que no siente repugnancias ni fatigas; es la abnegación sin aparato que no se ostenta ante los demás ni ante sí misma, sino que va derecha á su fin fuerte y tranquila. De San Juan Crisóstomo, ordinariamente, no puede decirse que se cierne, sino que marcha con paso igual y seguro fecundando la tierra que toca con su planta. En sus homilías¹ reprocha á sus oyentes el que vean en él otra cosa que un apóstol, y el que busquen

¹ Pláticas religiosas.

en sus discursos algo que no sea reglas de conducta práctica.

Las consideraciones generales metafísicas, teóricas, filosóficas, sociales, que constituyen de algún tiempo acá la apologética¹ cristiana, eran en otros tiempos poco conocidas. La forma de la predicación varía según la naturaleza y las necesidades de los siglos á que se dirige, y parece como si avanzando al través de las edades perdiera en intimidad lo que gana en elevación. Tal vez antes del fin del mundo una apologética suprema resumirá todas las glorias de la metafísica y de la predicación cristiana en una síntesis en la que la elevación y la intimidad se compenetrarán completándose y exaltándose mutuamente.

Cuando leemos á San Juan Crisóstomo, los detalles más íntimos de la vida, de la casa y de la familia pasan bajo nuestros ojos:

«Entre los judíos—dice—para orar era menester subir al templo, comprar una tórtola, disponer leña y fuego, tomar un cuchillo, presentarse al altar y cumplir muchas otras prescripciones... Aquí nada de eso... Aquí nada impide á una mujer, teniendo la rueca ó tejiendo su tela, elevar el pensamiento al cielo é invocar á Dios con fervor; nada impide á un hombre, mientras acude á la plaza pública ó va de viaje, orar

¹ La apología, el discurso en defensa del cristianismo.

atentamente; otro, sentado en su tienda cosiendo el cuero, puede también ofrecer su alma al Maestro; el esclavo en el mercado, en su ir y venir, en la cocina (si no puede ir á la iglesia) es libre de elevar ardiente plegaria: el lugar nunca avergüenza á Dios...»

Esta familiaridad es el carácter distintivo de San Juan Crisóstomo: nunca le abandona; y su palabra, aun al elevarse, guarda este carácter de alocución personal y directa. No hay impulso que lo aparte de su auditorio; el asunto no le lleva ni más allá ni más hacia lo alto de donde puede seguirle el espíritu de aquellos que le escuchan. Como es esencialmente popular, se adapta hasta á las ínfimas condiciones sociales é intelectuales, y sigue á los que en ellas viven para hacer penetrar lentamente, laboriosamente, caritativamente y pacientemente en sus almas las más altas verdades, acomodándolas á su debilidad y poniéndolas á su alcance. Por esto en sus discursos son raros los puntos de vista generales y el relacionar entre sí las cosas. Diríase que conoce personalmente, íntimamente, á cada uno de los que le escuchan; diríase que se dirige al uno ó al otro según varía sus consejos para las circunstancias particulares de cada naturaleza y de cada posición, sin pronunciar nunca una palabra vaga, impersonal ó puramente teórica, ni una frase que no tome una dirección práctica y vaya á herir á parte determinada. Nunca deja de la mano; conduce paso á

paso por el sendero que él conoce: es el Obispo. Conoce los caminos de sus fieles, y vela en ellos: cuenta sus pasos como una madre que enseña por primera vez á andar al niño.

Cuando explica los deberes de los esposos, San Juan Crisóstomo descende á consideraciones que hoy, de puro sencillas, causarían extrañeza. Los modernos no poseemos el robusto sentido de humanidad que se necesita para comprender tanta ingenuidad. Aconseja al esposo que no oculte su afección, sino que la muestre con naturalidad y por completo. Le recomienda que hable á la joven esposa, y le indica cómo podrá entablar una de las primeras conversaciones: «Puedes decirle — continúa el Santo — puedes decirle graciosamente:—«Niña mía, he juntado mi existencia á la tuya en lo más importante y en lo más necesario de la tierra. Podía casarme con mujer más rica, y no he querido... Todo lo he desdenado para no ver más que las cualidades de tu alma, que estimo por encima de todos los tesoros del mundo».

Después expresa todo el horror que le inspiran los casamientos por dinero:

«Una mujer rica — dice — os traerá menos goces con su fortuna que enojos con sus exigencias, sus pretensiones, sus gastos, sus palabras altaneras y despreciativas. Tal vez os dirá: «No gasto de lo tuyo; me »visto á costa mía con las rentas que tengo »de mi familia.»

Y después de vituperar á la insolente con indignación ingenua y fogosa, el Obispo se dirige á ella y la increpa:

«Qué es lo que dices? Tu cuerpo ha dejado de pertenecerte, y pretendes que tus bienes te sean propios! Una vez casados, el hombre y la mujer no son más que uno; y la fortuna no ha de ser común!, ha de haber dos fortunas distintas! Oh fatal amor al dinero! Sois un solo sér, una misma vida, y habláis aún de lo *tuyo* y lo *mío*! Palabras execrables y criminales, inventadas por el infierno!»

San Juan Crisóstomo encarga al esposo que instruya por sí mismo á la esposa. El ha de enseñar, y ella ha de escuchar. Pero no basta enseñar, es menester enseñar útilmente, cuerdamente, suavemente, graciosamente. Y con qué gracia recomienda la gracia el santo Obispo! con qué dulzura, la dulzura! cuán sinceramente se interesa por la felicidad de sus amados hijos! con qué ternura vela sobre la fragilidad del amor!

Para estudiar á ese hombre, á ese santo, en su carácter, en su vida, en sus predicaciones; para conocer el medio social en que obraba y la sencillez de aquellas costumbres, es menester seguirle hasta los detalles, verdaderamente encantadores, de su paternal cuidado. Supongamos que una mujer, avara é insolente, reclama la propiedad de un objeto y quiere disputarlo á su marido. Qué ha de hacer éste? irritarse ó ceder? Según el consejo del Obispo, cederá; pero cederá de

manera que dé una lección de suavidad y cordura á su consorte. Sólo con su modo de ceder ya le demostrará su error.

«Demostrarás á tu mujer el error — dice — pero con una gran bondad. La exhortación á la virtud tiene en sí misma algo de severidad excesiva, sobre todo cuando se dirige á una joven tímida y delicada. Así, pues, cuando hables con ella de tal objeto, has de poner en eso mucha gracia, procurando principalmente arrancar de su alma la idea de lo *tuyo* y lo *mío*. Si ella dice: *Esto es mío*, contesta enseguida: Qué es lo que reclamas por tuyo? yo no lo sé; porque para mí nada hay propio; y no esto ó aquello, sino todo te pertenece.» Si ella dice: *Esto es mío*, perdónale la palabra, y dile: «Sí, todo es tuyo, y yo el primero.» Así podrás, según convenga, apaciguar su irritación ó curar su abatimiento.»

Así habla el Obispo. Pero aún hay más: pide no sólo suavidad, sino también ternura. Quiere que el esposo diga: «Te amo, y te prefiero á mi propia vida; pongo tu afecto por encima de todas las cosas, y nada me sería más penoso que pensar de un modo diferente del tuyo en cualquier asunto. Si poseo tu amor nada me espanta, y aun en mis hijos será á tí á quien ame.» «Y no temas, amigo mío — añade San Juan Crisóstomo — no temas que este lenguaje envanezca demasiado á tu mujer, no; confíesale cuanto la amas!»

Este apóstrofe que va directo del orador

á cada uno personalmente de los que le escuchan, es lo característico de su palabra viva.

El orador moderno evita generalmente las alusiones individuales: toma en conjunto los hombres y las cosas, y creería faltar á una de las numerosas leyes de su dignidad si aparentaba saber el nombre siquiera de uno de sus oyentes, si les hablaba como á hijos suyos y si les dirigía personalmente sus advertencias. Afecta, por el contrario, ignorar los asuntos que les son particulares y no ocuparse en lo que sucede dentro de sus casas. Algo así de estilo oficial se ha infiltrado en todo. En un cierto modo de hablar y de obrar puede haber una cierta grandiosidad. No hay que exagerar ni tampoco desconocer la solemnidad del estilo. Cierta amplitud de horizontes puede excluir cierto tono y exigir otro, y las conveniencias cambian con las costumbres que las producen. Pero es menester recordar el exquisito aroma que se desprendía de aquella elocuencia paternal; es menester acordarse de las tiernas y calurosas comunicaciones que se establecían entre el orador y el auditorio por la solicitud de aquél y por la sumisión de éste; y San Juan Crisóstomo es quizá el ejemplo más completo, el más perfecto tipo de aquella elocuencia tan distinta de la nuestra, tan olvidada de sí misma y del orador. Su encanto es tan precioso, que donde quiera que se encuentre, por su sola virtud, comunica color y

belleza á lo que de por sí no los tendría. Pocas criaturas hay tan absolutamente faltas de gracia que no puedan ser en algún modo graciosas si reciben el don sublime de no proponerse producir efecto alguno, y de olvidarse por completo á sí mismas.

Este hombre tan sencillo, este consejero tan íntimo y tan tierno, cobraba una altivez y una audacia á toda prueba frente á frente de la injusticia poderosa. La historia de Eutropio parece un marco hecho á propósito para encuadrar la gran figura del Crisóstomo.

En aquel soberbio discurso que las circunstancias convirtieron en acontecimiento público, vuelve á apostrofar, y más directamente que nunca, á uno de sus oyentes. Pero, con qué acentos le habla! con qué autoridad, con qué dulzura y con cuánta grandeza! El drama que encierran aquellas palabras icuán superior resulta á todos los dramas de la historia antigua! superior por su interés, por su enseñanza, por lo patético; y sin embargo, es mucho menos celebrado que aquellos. Muchas personas que se saben de memoria á Cornelius Nepos¹ y admiran cuanto hay que admirar en Pelópidas y Atticus, apenas si tienen idea del papel histórico de San Juan Crisóstomo y de su magnífica actitud ante el Emperador y ante el imperio. Pero esto es historia cris-

¹ Escritor latino (siglo I antes de Cristo) y conocido autor de las *Vidas de Varones Ilustres*.

tiana, y los hombres la callan ó la olvidan: su proximidad á Dios se mide por tal injusticia: tal desconocimiento es el tributo que rinden á la verdad.

Eutropio, el eunuco¹ Eutropio, acababa de subir al trono, y se trataba de instalarle en él por completo y oficialmente. Aquel esclavo, convertido en cónsul, amenazaba ya relegar á la emperatriz. Claudiano² ha narrado aquel espantoso consulado. Las provincias eran vendidas en pública subasta. Un personaje compró la Siria dando por precio las alhajas de su mujer.

Si algún horror ó vergüenza pudiera ser inverosímil en la historia humana desde la caída de Adán, la historia de Eutropio sería inverosímil. Los que pierden de vista la realidad de nuestra naturaleza, porque en ellos la idea del pecado original queda velada por el orgullo del pecado mismo dentro del cual aquélla se esconde como la araña en su tela, harían bien en leer otra vez la historia de Eutropio. En esta historia la naturaleza humana se hace visible sin velos ni ficciones. Toda nobleza y toda riqueza eran entonces castigadas con el destierro, la confiscación ó la muerte. Los desiertos de Libia recogieron cuanto había de más honrado ó de menos degradado en el imperio, cuanto merecía el honor de ser desterrado. Allí murió el ex-cónsul Rimasius,

¹ Favorito.

² Poeta latino del siglo IV después de Cristo.

vencedor de los godos y amigo y compañero de Teodosio, desterrado primero y asesinado después. Esto fué para Eutropio un verdadero regalo, pues veía en Rimasius una presa agradable, más rara y más ilustre que sus víctimas ordinarias; y Eutropio gustaba de ofrecerse á sí mismo sacrificios como éste. Pero no le bastaba. Rimasius tenía un hijo y había que matarle también: se le mató. No bastaba aún: quedaba una viuda y madre, y Eutropio tuvo la idea de de inmolarla también; pero esta mujer, que se llamaba Pentadia, se refugió al pie de los altares é invocó el derecho de asilo.

Para comprender la importancia del derecho de asilo y de lo mucho en que era tenida por los Obispos una cosa tan sagrada, es menester formarse bien idea de aquellos tiempos. El derecho de asilo, que en los tiempos de la tregua de Dios se ejercía al pie de las cruces plantadas en los grandes caminos, y junto á los arados en los campos, vivía en tiempos de Crisóstomo á la sombra de los altares. Pentadia lo invocó: Eutropio osó reclamar su víctima, y se encontró frente á frente con Crisóstomo. El verdugo retrocedió ante el Obispo, y Pentadia fué salvada.

Entonces Eutropio abolió el derecho de asilo. Todo cedió ante el eunuco, menos San Juan. Sin debilidad ni ostentación, el Obispo cumplía su deber, y su gran figura se erguía solitaria en medio de todo un pueblo prostrado.

Pero esto cambió pronto. Por uno de aquellos motines de palacio tan frecuentes en aquella época, Eutropio fué derribado. La rebelión de Trivigildo, las amenazas de la Persia que acababa de mudar de dueño, las súplicas de la Emperatriz echándose ultrajada, afligida, furiosa, á los pies del Emperador con sus dos niños en brazos y pidiendo venganza, todos los dolores y todas las cóleras que Eutropio había excitado se volvieron al fin contra él. Arcadio le arrojó del palacio, y en seguida las voces que antes eran de adoración se unieron para detestarle: un concierto de imprecaciones se levantó contra el tirano y jamás el Capitolio estuvo más cerca de la roca Tarpeya. ¹ El pueblo pedía á voces la muerte de Eutropio.

Entonces empieza un drama sublime. Qué podía hacer el miserable eunuco? Un solo recurso le quedaba, y á él se acogió: invocó aquel mismo derecho de asilo que aboliera; invocó como perseguido el mismo derecho que había desafiado como cónsul. Pero á los ojos de Arcadio, lo destruido destruido quedaba. Eutropio, refugiándose al pie de los altares, invocando aquella sombra protectora que antes menospreciara, es un cuadro capaz de tentar á un gran pintor.

El drama continúa. Arcadio consideró al eunuco perseguido como éste había considerado á Pentadia acogida tras el altar.

¹ Es decir, nunca estuvo el triunfo más cerca de la caída.

Eutropio reclamó á Pentadia: y Arcadio reclamó á Eutropio bajo la sagrada mesa. Eutropio al perseguir á Pentadia encontró á Crisóstomo que la protegía; y así como éste había sido entonces el único defensor de la libertad y de la justicia contra Eutropio omnipotente, también ahora fué el único defensor de Eutropio perseguido y refugiado junto al altar. El Obispo, siempre fiel, siempre altivo, siempre humilde, siempre grande, siempre libre, invocó magnífica y solemnemente en favor de Eutropio perseguido aquel mismo derecho de asilo que había invocado contra Eutropio omnipotente, y el eunuco se escondió detrás del mismo Obispo contra el cual, en los tiempos de su mayor poderío, su cólera se había estrellado.

Eutropio, oculto bajo la mesa del altar, temblaba de pies á cabeza: la multitud exaltada por los furores de la pasada noche, se apiñaba tumultuosamente en la iglesia pidiendo la muerte del criminal. Y en aquella iglesia invadida por tantas pasiones, San Juan empieza á hablar increpando ya á la muchedumbre, ya á quél á quien la muchedumbre perseguía; echando en cara al uno su soberbia y su bajeza, y á la otra sus adulaciones pasadas y sus cóleras presentes:

«Vanidad de vanidades!—exclama—Dónde está ahora el ilustre esplendor del consulado? dónde las hachas encendidas que precedían siempre á este hombre en su camino, las danzas y aclamaciones, los banquetes y las fiestas? Qué se hicieron las co-

ronas y ornatos sobre su cabeza, el ruidoso entusiasmo de la ciudad y los vítores en el circo?»

Se dirá que éstos son lugares comunes de la oratoria, pero cuán rejuvenecidos, vivificados, trasfigurados no resultan por la realidad viviente y terrible que les hace brotar y les justifica!—Vanidad de vanidades!—repite continuamente el orador, que parece quiere ver esculpidas esas palabras en la frente y en la conciencia de cada uno. Después, volviéndose con magnífica transición hacia el eunuco arrodillado, que en otro tiempo desafiara al Obispo:

«No te dije muchas veces — le pregunta — que la riqueza es cosa fugitiva? Éras un rey, y no podías soportar mis palabras. No te decía que la riqueza es un servidor ingrato? Éras un rey, y no querías creerme; y ahora la experiencia te enseña que la riqueza es, no sólo fugitiva é ingrata, sino también homicida, pues ya ves á qué estado te reduce. No te decía que las heridas causadas por un amigo valen más que las caricias del enemigo? Si hubieras querido soportar la herida de nuestras manos, aquellas caricias no fueran tu perdición: los que llenaban tu copa han huído de tí, han renegado tu amistad; buscan su salvación á costa tuya. Nosotros no obramos de este modo. Nosotros, en aquellos días, á pesar de tus furores, no huímos de tí; y hoy, que te vemos caído, te protegemos y rodeamos de solicitud. La Iglesia, á la que tan mal trataste, te recibe

con los brazos abiertos; mientras los frequentadores del circo, por los cuales prodigabas tus riquezas, alzan el brazo armado contra tí».

«Si hablo de este modo, no es para insultar al caído, sino para advertir á los que están en pie. Todas las palabras quedan por debajo de la verdad—oh fragilidad de las cosas humanas!—y si digo de ellas que son hierba, humo, sueño, todavía no habré dicho nada, porque ellas son más nada que la nada. Ayer, cuando de parte del Emperador vinieron para arrancarle de su refugio, bien le visteis correr, pálido como un muerto, hacia los vasos sagrados: el rechinar de sus dientes, el temblor de su cuerpo, el sollozo de su garganta, todo anunciaba su mortal angustia!»

Fácilmente se concibe el efecto que la magnífica improvisación del Crisóstomo había de producir sobre la muchedumbre furiosa, sobre el criminal prosternado. El gran Obispo, tan piadoso para su enemigo vencido como inflexible fuera para aquel mismo enemigo triunfante, guardaba, en medio de las exaltaciones y las caídas ajenas, un radiante equilibrio. Indignábase la muchedumbre al ver al enemigo de la Iglesia invocar á la que antes perseguía y ampararse en aquel derecho de asilo que quiso destruir. Pero San Juan continúa:

«Dios permite que un hombre tal demuestre con sus desdichas el poder y la clemencia de la Iglesia. Hé aquí cómo se confun-

de á los judíos y á los gentiles! Para salvar al enemigo que se refugia á su sombra, la Iglesia se expone al enojo del Emperador. Esto es el mejor ornato del altar.— Este avaro —diréis—este ladrón, este malvado que se agarra allí á la sagrada mesa? vaya un ornato—No habléis así. Una prostituta tocó los pies de Jesucristo, ¿y empañó acaso su gloria?

El auditorio, poco antes furioso, prorrumpe en llanto. San Juan ve que ha triunfado. «Vamos —exclama— vamos á echarnos á los pies del soberano, ó mejor, roguemos á Dios que le de un corazón que sepa compadecer».

Efectivamente, el gran orador triunfó de todos los furores: apaciguó á la multitud, apaciguó á la Emperatriz, y el derecho de asilo no fué violado: el derecho de asilo que él había salvado contra Eutropio, lo salvó también en favor de Eutropio. Ni un cabello cayó de la cabeza del proscrito, que se retiró temblando á Chipre, vencido y protegido por aquella misma fuerza y aquella misma dulzura.

Así era cómo San Juan Crisóstomo entendía el sacerdocio, dignidad temible que le había sido impuesta casi á viva fuerza. La situación moral de los cristianos de aquella época está caracterizada por las intrigas que mediaban en la elección de los obispos. Había ambiciones, cábalas, luchas y rivalidades... pero al revés de lo que pudiera entenderse, es decir, se huía de ser

nombrado: había intrigas negativas, ambiciones de hundirse en la oscuridad huyendo el mundo y los hombres, buscando el desierto. Un sentimiento profundo como de espanto ante la majestad episcopal hacía apartar de ella. Aquellos hombres eran tan dignos de tenerla que temblaban al aceptarla, y la sentían tan sublime que escapaban al verse amenazados de conseguirla realmente. San Martín fué arrancado de su convento y conducido á Tours á pesar suyo, con guardas de vista, escoltado. Un cuadro que representara tal escena parecería hoy retratar á un criminal conducido al suplicio. Había hasta quien se calumniaba á sí mismo para escapar á aquel terrible honor. San Ambrosio intrigó cuanto pudo, y no se le ocurrió cosa mejor que hacerse pasar por cruel; pero el pueblo no quiso creer en tal crueldad, y como Ambrosio hubiera escapado durante la noche, fué alcanzado y se le hizo volver á la ciudad. San Paulino luchó desesperadamente para esquivar la dignidad y estuvo á punto de perecer en la lucha: el pueblo iba á ahogarle, hasta que la víctima cedió.

El tratado de San Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio no es sólo un elocuente discurso sobre la tremenda dignidad del sacerdote, sino también un monumento histórico que contiene sobre los cristianos del siglo iv revelaciones que podrían llamarse curiosas si la majestad del documento no sofocara toda idea de curiosidad. En él, como siem-

pre, San Juan es familiar, ingenuo, como si conversara. Cuenta lo que le sucedió con su amigo Basilio, y cómo engañó á aquel hombre tan digno con una astucia que sería célebre si la cosa hubiera pasado entre dos ilustres paganos de la historia de Roma. Nadie sabe á punto fijo de cual Basilio se trata, aunque muchos creen que de Basilio el Grande, obispo de Cesárea; pero esto es inverosímil desde luego por la fecha, porque San Basilio nació en 329, San Juan en 344 y los dos interlocutores del diálogo narrado por éste parecen ser de la misma edad. Se ha dicho también si será Basilio de Seleucia; pero aquí la inverosimilitud llega ya á la imposibilidad, pues Basilio de Seleucia escribió al Emperador León en el año 458, y si hubiera sido consagrado Obispo, como lo fué el amigo de San Juan, en 374, hubiera conservado tal dignidad durante 84 años. El sabio autor de la Vida de San Juan Crisóstomo que va á la cabeza de sus obras completas, admite, con Baronius, que se trata del Obispo de Raphame. Pero, en fin, el caso fué que Crisóstomo engañó á Basilio.

«Mi generoso amigo—dice—vino á hablarme particularmente, y después de comunicarme la noticia (la del nombramiento de ambos) como si yo no la supiera, me suplicó que no hiciera cosa alguna sino de común acuerdo con él, que estaba dispuesto á consentir en lo mismo que yo consintiere, tanto si era para ceder como para huir. Seguro de sus buenas disposiciones y de lo

mucho que perjudicaría á la Iglesia si por mi debilidad la grey de Jesucristo se veía privada de un pastor tan capaz de gobernarla, yo, que tenía acostumbrado á Basilio á leer en el fondo de mi corazón, le oculté entonces mi pensamiento. Díjele que era menester tomarse tiempo para reflexionar, que no había prisa; y le dejé en la creencia de que, en todo caso, haría lo mismo que él. Algunos días después llegó el que debía hacernos la imposición de manos, y habiéndome yo ocultado, echaron mano de Basilio, quien, no sabiendo lo que yo había hecho, doblóse al yugo, persuadido de que yo, según le había prometido, seguiría su ejemplo, ó mejor, que él seguía el mío.»

No es verdad que esta narración es de una ingenuidad maravillosa? Esta sencillez, que ignora su propia grandeza, comunica á un tal historiador un tono admirable, una libertad sin igual en la palabra y en la actitud. «Llegan, y yo me oculto. Se apoderan de Basilio». Parecen dos criminales perseguidos por la policía. Este temor, esta fuga, esta resistencia vencida de mala manera, le parecen cosa tan natural que ni las pondera ni siquiera las explica.

Pero hay más. El pueblo, que esperaba dos *víctimas*, al ver que no le dan más que una, se amotina. «Algunos, al ver á Basilio exasperado por la violencia de que era objeto, dijeron en alta voz que era absurdo, que mientras el que pasaba por más intratable de los dos (el más intratable era yo,

Juan, que ellos designaban de este modo) se había sometido con perfecta modestia al juicio de los Padres, el más cuerdo y moderado se irritara y resistiera mostrándose tan terco y orgulloso.»

La tal *modestia* que se alababa en Crisóstomo resultaba pura ilusión, pues la verdad era que Crisóstomo, menos *modesto* de lo que decían, se había ocultado. Pero el *orgulloso* Basilio se entregó y sometió en la creencia de que Crisóstomo se había también sometido y entregado. Esta *modestia* y este *orgullo* valen por sí solos más que todos los tratados de historia sobre las costumbres de los primeros cristianos.

Pero la ilusión de Basilio no duró sino hasta cierto punto. Después de haber obedecido por imitar á Crisóstomo cuya obediencia tanto se celebraba, advirtió su error. El rebelde Juan Crisóstomo le había engañado, se había ocultado. Su engaño y su rebelión habían vencido á la vez entregando al amigo y librándose á sí propio. Había hecho traición á Basilio y á costa suya se había salido del paso. Vaya un modo de proceder! Pero dejemos hablar de nuevo al *astuto*:

“Cuando supo mi huída, fué á encontrarme muy abatido, y sentándose á mi lado, intentó contarme la violencia de que había sido objeto; pero el dolor le privaba de hablar y las palabras espiraban en sus labios. Viéndole anegado en llanto y presa de tal turbación, yo, que sabía la causa de todo, no

pude contener la risa, y tomándole la mano quise besársela dando gracias á Dios por el éxito de mi estratagema. Al ver mi alegría y como le había engañado, su dolor aumentó con la indignación.»

El intratable San Juan cedió, sin embargo, como su amigo Basilio, y amó tanto á su pueblo que se consoló de ser Obispo; y su pueblo le amó tanto que le perdonó su resistencia.

Un día, mientras San Juan estaba hablando al pueblo, llegó un obispo de Galicia, y aquél bajó del púlpito para cederlo á su huésped. El pueblo quedó mal contento de ello, y algunos días después San Juan, con su sencillez encantadora, le contó al pueblo la historia de aquel descontento:

«Os veía — dijo — suspendidos de mi boca como los pequeñuelos de la golondrina cuando esperan al borde del nido su alimento. En el momento en que cedí el lugar á mi hermano para honrar sus canas y cumplir con los deberes de la hospitalidad, dejasteis sentir con vuestros murmullos un descontento como si yo hubiera burlado el hambre vuestra».

Entre Crisóstomo y su pueblo había amistad en el sentido más íntimo de la palabra. El Obispo era el amigo tierno y severo de todos y de cada uno en particular. Observaba, prevenía, vigilaba, y sobre todo, amaba. No en el vago lenguaje oficial, sino en la realidad de la vida, era el padre, el hermano, el sostén y el amigo de su pueblo.

San Juan habla de la amistad como quien la conoce de veras, y en el retrato que de ella hace se diría que ha pintado á su misma grey: tan ingenua y hermosa es la pintura.

«El hombre sin amistad — dice — reprocha los beneficios y exagera el menor favor; mientras que el amigo oculta los servicios prestados, disimula su importancia, y cuando todo le es debido parece que él lo deba todo. Vosotros no me comprendéis: hablo de una cosa que ahora no se encuentra sino en el cielo; y así como hablándoos de una planta de la India que nadie jamás hubiera visto, me sería difícil, aun con muchas palabras, daros una idea exacta de ella, así mis discursos sobre la amistad son ininteligibles para vosotros, porque es una planta del cielo... En un amigo se posee otro yo. Sufro mucho al no podérselo explicar con un ejemplo, pues veríais cuán lejos estoy aún de daros la idea verdadera.»

El ejemplo no lo explicaba; pero hacía más que esto, lo practicaba. El autor de su Vida hace notar con razón que este amigo inexplicable del pueblo, á que San Juan se refiere, era San Juan mismo. Amigo admirable, en efecto, que podía ser universal sin ser nunca vulgar.

ERNESTO HELLO ¹

Fisonomías de Santos, ² trad. de Juan Maragall.

¹ Escritor neo-católico francés (1828-1885). Son sus obras principales: *El Hombre y Fisonomías de Santos*.

² 1 Vol., Juan Gili, editor. Barcelona, 1900.

ARGUMENTO

DE LA

HOMILÍA DE SAN JUAN CRISÓSTOMO EN DEFENSA DE EUTROPIO

Al gran emperador romano Teodosio sucedióle en Constantinopla el joven Arcadio, quien, falto de la prudencia y energía de su padre, declinó el peso del gobierno sobre su favorito Rufino. Pero, asesinado éste por orden de Gainas, general del ejército, ocupó su lugar el eunuco Eutropio, natural de Armenia, que habiendo pasado toda su vida en la esclavitud, supo ganarse con arteras intrigas la estima del emperador, hasta ser elevado en 399 á la dignidad de cónsul.

Al principio favoreció á S. Crisóstomo, mas pronto sus crímenes le hicieron romper con el santo, hasta el punto de privar á los templos del derecho de asilo para apoderarse de algunos desdichados que se habían refugiado en ellos y cuyas haciendas deseaba confiscar. Al fin vino sobre Eutropio la mano de Dios. La emperatriz ofendida y el mismo Gainas, que había dado muerte á Rufino, hicieron que Eutropio cayera en desgracia de su príncipe. No sólo se vió privado de sus honores, sino que, amenazado de muerte, tuvo que buscar el amparo de aquel mismo pontífice á quien había

combatido y que le defendió entonces con este discurso.

En el exordio gana el santo la atención y benevolencia de sus oyentes haciéndose como intérprete de su indignación y rematando en cierto modo la humillación del caído. Propone luego su intento, que es, no acabar de hundir al que ha naufragado, sino hacer que los oyentes saquen provecho positivo de su desgracia.

El primer provecho ha de ser escarmentar en cabeza ajena, considerando la vanidad y peligro de las cosas humanas. Con lo cual prepara ya los ánimos á la misericordia, pues lo que padece Eutropio pueden padecerlo los oyentes. Entonces, dice Aristóteles, se mueve uno á misericordia, cuando ve que padece otro lo que también á él le puede acontecer.¹

El segundo provecho será perdonar al ofensor, á lo cual les induce con varias razones. En primer lugar, padece mayor castigo que el que los oyentes matándole le impondrían.² Por otra parte, el perdón redunda en honra de la Iglesia, que les ha de mover con su ejemplo, y que muestra, perdonando, su poder y misericordia. El mismo Eutropio confiesa su delito,³ y en pago de los males que les hizo, les trae mayores bienes.

Pero lo que más ha de ablandarles es el ejemplo del emperador, más ofendido que los oyentes, y sobre todo el expreso mandato de Dios y el premio que les promete.

Perora con una breve exhortación, proponiéndoles la gloria que de su clemencia reportarán en todo el mundo.

¹ *Retórica*. II. 8. ² *Retórica*. II. 3. ³ *Retórica*. II. 3.

Homilía

en defensa de Eutropio

1

Vanidad
de las grandezas
de Eutropio

Siempre, sí, pero nunca más que ahora, fué oportuna aquella sentencia: «Vanidad de vanidades y todo vanidad».¹ Dónde está ahora la espléndida túnica consular? Dónde las brillantes antorchas? Dónde los aplausos y las danzas y los festines y los regocijos públicos? Dónde las coronas y las colgaduras? Dónde la algazara de la ciudad y las aclamaciones en las carreras ecuestres y las adulaciones de los espectadores? Todo se desvaneció; y un viento que sopló con vehemencia, no sólo abatió el follaje, sino que puso al árbol desnudo á nuestros ojos y sa-

¹ *Eclesiastés*. I. 2.

cudido hasta sus últimas raíces. Porque fué tanto el ímpetu del huracán, que amenazó arrancarlo de cuajo y resquebrajar hasta sus fibras.

Qué se hicieron los falsos amigos? Qué las francachelas y convites? Y el enjambre de parásitos y el vino generoso que no cesaba de correr en todo el día, y el arte refinado de los cocineros, y los adoradores de tu poder, que todas sus acciones y palabras encaminaban á darte gusto, qué se hicieron? Sueños eran nocturnos aquellos bienes, y al despuntar el día, se disiparon; flores primaverales, que al terminar la primavera se marchitaron; sombra, que pasó de largo; humo, que se deshizo; bombillas de jabón, que reventaron; telas de araña, que se desgarraron. Por esto repetimos sin cesar esta máxima del Espíritu Santo: «Vanidad de vanidades y todo vanidad». Máxima que habría de estar escrita en las paredes y en las orlas de nuestros vestidos, en el foro y en casa, en los caminos, en las puertas, en los vestíbulos, y sobre todo en la conciencia de cada uno, y que perpe-

tuamente habríamos de meditar. Y pues la mentira, las apariencias, la hipocresía es en todo tenida del vulgo por verdad; todos los días en cenas, en almuerzos y en tertulias, sería conveniente que cada uno la repitiese á su vecino, y que de su vecino escuchara que «Vanidad de vanidades, todo vanidad».

No te repetía sin cesar que la riqueza es como un siervo fugitivo? No te decía que es un esclavo de duro corazón? Mas tú, Eutropio, no aguantabas mis reconvenciones, ni te dejabas convencer. Pues, mira, la experiencia te demostró con las obras, que no sólo es un esclavo fugitivo y sin corazón, sino asesino: porque la riqueza es la que ahora te ha puesto en trance de temblar de miedo. No te decía, cuando no parabas de insultarme porque te anunciaba la verdad, que yo te amaba más que tus adulares; que yo, reprendiéndote, miraba más por tu bien, que los que te agasajaban? No añadía á tales palabras que «Se ha de confiar más en las heridas de los amigos, que en los besos

blandos de los enemigos)»? ¹ Hubieras llevado con paciencia mis heridas, no te habrían acarreado esta muerte aquellos besos: porque mis heridas obran salud, los besos de aquéllos han sido causa de enfermedad incurable.

Dónde están ahora los escanciadores del vino? Dónde los que te abrían paso en el foro y andaban pregonando en todas partes mil encomios de tí? Fugáronse, renegaron de tu amistad, buscan su propia seguridad en tu extremado peligro. Nosotros no así, sino que permanecemos firmes cuando tú recalcitabas y ahora, que has caído, te amparamos y velamos por tu bien. La Iglesia, blanco de tus embates, te abrió su seno y te recibió en él; mientras que los teatros, objeto de tus cuidados, por causa de los cuales te airaste muchas veces contra nosotros, te hicieron traición y te perdieron. A pesar de tus iras, repetíamos entonces sin cesar: «Qué haces? Persigues frenético á la Iglesia, y te lanzas tú mismo al precipicio». Todo lo desde-

¹ *Proverbios. XXVII. 6.*

ñabas. Y las carreras ecuestres que consumieron tu hacienda, aguzaron la espada contra tí; mientras que la Iglesia, víctima de tu ira intempestiva, da vueltas en torno tuyo, para arrancarte de la red en que has caído.

2

Instabilidad
de las cosas
humanas

Y esto digo ahora, no pisoteando al que yace derribado, sino queriendo dar firmeza á los que están en pie; no para restregar y abrir de nuevo las llagas del herido, sino para conservar incólumes á los que no lo están; no para hundir en lo profundo al combatido por las olas, sino instruyendo á los que navegan con bonanza, de suerte que no naufraguen. Y cómo lograrlo? Considerando la instabilidad de las cosas humanas: que si éste la hubiera temido, no habría padecido sus consecuencias. Pero pues él, ni por su propio discurso, ni alocucionado por otros, se enmendó; sacad provecho de su desgracia vosotros á

lo menos, los que lozaneáis con vuestra riqueza, porque no hay cosa entre todas las humanas de menos consistencia que ella. Tanto, que por mucho que uno encarezca su vileza; aunque la llame humo y heno y ensueño y flor de primavera y cualquier otro nombre de desprecio; quedará muy por debajo de la verdad: tan efímera y tan inferior á la misma nada.

Peligro
de los bienes
mundanos

Pero que juntamente con ser vana, es también muy peligrosa, hácelo manifiesto esta desgracia. Porque ¿quién se encumbró más que éste? No sobrepujó en riquezas á todo el mundo? No se encaramó hasta las mismas cumbres de los honores? No temblaban todos delante de él, llenos de miedo? Pues vedle más desdichado que los aherrojados, más digno de compasión que los esclavos, más necesitado que los mendigos que se consumen de hambre; viendo de un día para otro las agudas espadas y el despeñadero y los esbirros que le lle-

van al último suplicio. Ni siquiera se da cuenta de si algún día gozó de aquella felicidad, ni aun disfruta de la luz del sol. Sino que en pleno medio día, así está privado del uso de la vista, como si estuviera cercado de noche densísima. Más aún. Por mucho que nos esforcemos, no lograremos representar con palabras el dolor que naturalmente ha de padecer, temiendo por instantes ser despedazado.

Castigo
de Eutropio

Pero, qué necesidad hay de mis palabras, cuando él mismo nos pinta su dolor como en

un retablo? Porque, cuando ayer vinieron del palacio imperial los que pretendían sacarlo de aquí por fuerza y arrastrando, y él corrió á abrazarse con los objetos sagrados, estaba su rostro como al presente, tan desencajado, que en nada aventajaba al de un cadáver; y era tal su rechinar de dientes y su estertor y el temblor de todo su cuerpo, y su voz tan entrecortada y la lengua tan entorpecida y la figura tal, cual si tuviera el alma petrificada.

Y no digo esto para reprenderle ó insultarle en su desgracia; sino deseando ablandar vuestros ánimos y traerlos á misericordia, y persuadiros que os contentéis con el castigo que le ha venido. Y pues hay aquí muchos tan inhumanos, que aun á nosotros nos envuelven en la misma acusación por haberle recibido en el presbiterio; por esto, para ablandar su dureza con mis razonamientos, hago pública ostentación de lo que padece.

Honra
que de este suceso
reporta la Iglesia

Por qué causa, dime, te enojas, amado mío?—Porque, dices, se refugió en la Iglesia el que sin tregua la había combatido.—Pues precisamente por esto habríamos de alabar á Dios más que por nada, porque permitió que fuese puesto en tal necesidad, que echase de ver el poder y la caridad de la Iglesia. El poder, digo,

por cuanto padeció tan gran desgracia por las guerras con que la persiguió; la caridad, porque la Iglesia, antes combatida, extiende ahora su escudo protegiéndole, y le esconde y asegura debajo de sus alas; no acordándose de sus maldades pasadas, sino abriéndole su pecho con mucho amor. Esto redundando en loor de la Iglesia más que cualquier trofeo, esta es victoria esclarecida, esto confunde á los gentiles y avergüenza á los judíos, esto pára su rostro cercado de luz; que habiendo tomado prisionero á su enemigo, le perdona; y cuando todos le miran con desdén, sola ella, como madre amorosa, le oculta debajo de su manto, y está firme contra la ira del emperador, contra el furor del pueblo, contra el odio desencadenado. Este es el verdadero ornamento del altar.

Qué ornamento es, dirá alguno, para el altar, que el execrable, el ambicioso, el rapaz se llegue á tocarlo?— No digas eso, porque también la meretriz tocó los pies de Cristo, la muy execrable é impura; y no fué para Él este hecho objeto de acusación, sino

de grande admiración y alabanza: porque no dañó al puro la impura, sino que á la execranda pecadora el puro é inmaculado purificóla con su contacto.

Confesión humilde
de Eutropio,
y lecciones que da
con su ejemplo

No te acuerdes
pues, oh hombre,
de las injurias de
ése. Siervos somos
de Aquél, que cru-

cificado decía: «Perdónales, que no saben lo que hacen¹». — Cerró, diréis, este lugar de refugio con varios escritos y leyes. — Mas ved ya cómo por experiencia se da cuenta de lo que hizo y él mismo con su manera de obrar es el primero en revocar la ley. Héchose ha espectáculo de todo el mundo y, callando, alza desde aquí su voz, con que á todos exhorta diciendo: «No hagáis lo que yo hice, para que no padezcáis lo que padezco». La desgracia le hizo maestro. Grande es el resplandor que de sí despide el altar, ahora más que nunca temible y cons-

¹ Lucas. XXIII. 34.

pícuo, por tener al león encadenado junto á sí. Porque también á la estatua imperial le cerca grande majestad, no sólo cuando está el emperador sentado en su trono, vestido de púrpura y ceñido con la diadema; sino más aún cuando bajo sus plantas yacen los bárbaros, atadas atrás las manos y humilladas las cabezas.

Y que no son éstos meros artificios para persuadir, lo estáis vosotros demostrando con vuestra diligencia y concurso. Porque brillante es el espectáculo de hoy para nosotros, y notable la concurrencia, pues cuanto pueblo vimos congregado en el día sagrado de la Pascua, tanto es el que ahora contemplo aquí reunido. Éste callando convocó á todos, lanzando una voz más clara que de trompeta. Y abandonando las vírgenes sus tálamos, las matronas sus estrados y los varones el foro; todos concurrísteis acá, para ver confundida la humana naturaleza, para ver en su desnudez lo caduco de las cosas de esta vida, para ver ese rostro de mujer perdida, (que tal es la prosperidad nacida de

las concupiscencias) que ayer brillaba al parecer lozano, cómo hoy, después que le han sido exprimidos por la adversidad, como con una esponja, todos sus afeites y colores, se tornó más deforme que el de una vejezuela surcado de arrugas.

4

Tal es la fuerza de este contratiempo. Al ilustre, al coronado de gloria, le hace parecer ahora el más vil de los mortales. De suerte que si un rico entrare aquí, reportará gran provecho: porque viendo al que conmovía toda la tierra derribado de tanta altura y humillado y más temeroso que un tímido animalejo, y sin ataduras enclavado en esta columna, y estrangulado por el miedo en vez de dogal, y lleno de pavor y tembloroso; aplaca la ira, comprime la hinchazón y se retira discurriendo como conviene sobre las cosas humanas, habiendo aprendido por las obras lo que con palabras enseña la Escritura, que «Toda carne es

heno y toda la gloria humana como la flor del heno, y que el heno se secó y la flor cayó»;¹ que «Como el heno pronto se marchitarán los mundanos, y como los tallos de la hierba verde pronto caerán»;² que «Como el humo son sus días»,³ y otras cosas por el estilo.

El pobre á su vez al poner sus pies en este recinto y al presenciar esta escena, aprende á no tenerse en poco ni afligirse por su pobreza; antes siente agradecimiento para con ella, porque le proporciona un refugio seguro, un puerto abrigado de las olas y un muro incontrastable. En vista de lo cual prefiere mil veces permanecer en su puesto, que no, habiéndolo enseñoreado todo por breve tiempo, poner luego en peligro la propia vida. Veis cómo no es pequeño el provecho que resulta para ricos y pobres, humildes y encumbrados, esclavos y libres, de haberse éste refugiado en el templo del Señor? Veis cómo sale cada uno de

¹ *Isaías*. XL. 7.

² *Salmos*. XXXVI. 2.

³ *Salmos*. CI. 4.

aquí con su remedio, curado con sola esta vista?

He ablandado vuestros sentimientos, y arrojado la ira de vosotros? He apagado vuestro deseo de venganza? He os impelido á la misericordia? En gran manera, según parece y lo manifiestan vuestros rostros y las fuentes de lágrimas que derraman vuestros ojos. Ea pues, ahora que la piedra dura de vuestros corazones se convirtió en tierra honda de labor y en suelo fértil; después de hacer germinar en nosotros el fruto de la misericordia y habiendo sacado la espiga lozana de la compasión: arrojémonos á los pies del emperador, ó mejor, invoquemos á Dios, amador de los hombres, para que aplaque la ira del monarca y ablande su corazón, de manera que nos conceda gracia completa.

Ejemplo
del emperador

Y por cierto que ya desde aquel día en que éste se refugió aquí, no ha sido pequeño el cambio de sentimientos para con él. Porque cuando el emperador tuvo no-

ticia de que había recurrido á este lugar de asilo; en presencia del ejército tuvo un largo discurso reprimiendo el furor de los soldados, que, irritados por los crímenes cometidos contra el monarca, pedían la cabeza del reo; rogándoles que no se acordasen únicamente de sus crímenes, sino que pensasen también en los servicios que le había prestado; protestando que por éstos le estaba agradecido y por aquéllos, como á hombre le perdonaba. Y como ellos urgiesen de nuevo para la venganza del emperador injuriado, clamando, dando saltos de furor, gritos de «muera» y blandiendo sus lanzas; el emperador, derramando lo restante del tiempo fuentes de lágrimas de sus ojos mansísimos y trayendo á la memoria la sagrada mesa, á la cual se había refugiado, puso término á la ira de las tropas.

Premios
que Dios promete
al misericordioso

Por lo demás, añadamos también nosotros lo que está en nuestra mano.

Porque ¿de qué perdón seríais dignos, si cuando el emperador, que ha sido el injuriado, no se acuerda de sus agravios; vosotros, los que nada tal habéis padecido, manifestaréis tanta ira? Y ¿cómo al disolverse esta reunión participaréis de los sacramentos y diréis aquella plegaria: «Perdónanos como nosotros perdonamos á nuestros deudores»,¹ pidiendo el castigo del que os ha ofendido?—Cometió grandes injusticias é insolencias.—Ni lo negaremos nosotros: pero no es ahora tiempo de juicio, sino de misericordia; no de tomar residencia, sino de mostrar humanidad; no de examen, sino de venia; no de dar el voto é imponer castigo, sino de compasión y de gracia.

¹ *Mateo*. VI. 12.

No esté por consiguiente nadie airado ni pesaroso, sino roguemos á Dios amador de los hombres, que le dé prórroga de vida, y que le arranque de la muerte que le amenaza, para que pueda hacer penitencia de sus crímenes. Acudamos juntos al bondadoso emperador, exhortándole á que por amor á la Iglesia, por amor al altar, conceda graciosamente á la sagrada mesa la vida de ese hombre.

Si esto hiciéremos, no sólo lo aprobará el emperador, sino, antes que el emperador, lo alabará Dios, y nos dará una gran recompensa en pago de nuestra caridad. Porque así como al duro é inhumano le arroja de sí y le aborrece, así al misericordioso y caritativo le admite en su presencia y le ama. Y si este tal fuere justo, le teje coronas más vistosas; si pecador, olvida sus pecados, dándole esta recompensa, por la compasión que tuvo con su consiervo. Porque, «misericordia quiero, dice, y no sacrificio».¹ Y en toda la Escritura ves cómo anda siem-

¹ *Oseas*. VI. 6.

pre en busca de esto mismo, y cómo dice ser ésta la remisión de los pecados. Hagámonosle pues también nosotros propicio de esta manera, rompamos así las ataduras de nuestras culpas, honremos de esta suerte á la Iglesia. Así también el clementísimo emperador nos alabará, como ya tengo dicho, y todo el pueblo nos aplaudirá y los últimos confines de la tierra admirarán lo humano é indulgente de esta ciudad, y al tener noticia de lo sucedido, todos los que habitan en el mundo pregonarán nuestras alabanzas.

A fin pues de gozar de tales bienes, postrémonos, invoquemos, roguemos, arranquemos del peligro al prisionero, al fugitivo, al suplicante; á fin de que también nosotros participemos de los bienes futuros, por la gracia y caridad de Nuestro Señor Jesucristo, á quien sea gloria y poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Editor: — J. GARCÍA MONJE

